

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 750 id.—La subscripción se contrata desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 27.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fike, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador.

Bienvenida al Cacique

Bienvenido seas á nuestra Peña modestísima, *Cacique honorado, Cacique conservador*, y seas bienvenido porque con nosotros seguirás trabajando como el hombre que se opuso y se opone al avance de los aulladores, amarillos de la envidia.

Bienvenido seas; porque para nosotros no fuistes nunca *advenedizo forastero*, porque esas ideas ruines de fronteras no caben en nuestros cerebros libres: bienvenido seas; y si ya en tu despacho no se extienden nombramientos de concejal, aquí entre nosotros, disfrutarás, riendo de los nombramientos que se hacen ahora en la redacción de «La Tierra».

Para tu historia tenemos aquí como oro en paño todas las injurias que lanzaron contra ti y los tuyos, los que para combatirte no se detuvieron ni en los dinteles sagrados de tu hogar; aquí las conservamos, guardadas como oro en paño, por que con esas injurias, se puede escribir tu mejor alabanza. No merecistes ni respetos, ni consideraciones de tus enemigos; ese será siempre tu mejor elogio. Bien venido seas por que fuistes hombre.

Tu sombra enseñada al pueblo un día y otro día como la sombra del odioso cacique desaparece. El pueblo á quien enseñaron á odiarte, llegará día que recuerde tu nombre y compare, labor con labor, historia con historia; y cuando el pueblo dividido y hambriento de paz y de cordura, piense en tu recuerdo, pensarán con gusto, con respeto, con cariño, porque para elevarle no hicistes mal, ni sembrastes odios, y al marcharte, lo haces buscando en el trabajo horas más productivas para este pueblo.

que tienes el derecho de llamarlo tuyo por que es el de tus hijos.

Bienvenido seas á los Etcéteras; aquí está tu sitio; en las horas de descanso ven con nosotros á soñar un rato sobre el bien de Cartagena y aquí te contaremos la historia de un político que hizo de un partido conservador un partido personal, sembrando afectos y combatiendo solo ó casi solo, siempre, delante como si gozara en que todos los golpes fuesen para él, y las victorias para todos.

Ex cacique, aquí ni olvidamos ni perdonamos las injurias que te hicieron. Bienvenido seas á nuestra modesta Peña, donde tienes un sitio para contemplar tranquilo la pelea.

M. N. P.

Frases comentadas

Madrid 4-6 m.

Es objeto de grandes comentarios en los círculos políticos las frases que se dijo había preferido el ministro de Hacienda al comunicarle el acuerdo de Romanones, adoptando la reunión celebrada con los jefes de las minorías, de dejar para el último la discusión de los presupuestos.

Se dice que el señor Navarro Riverter contestó á esto: «¡Bueno! Ese es el acuerdo de las minorías, pues ahora veremos lo que acuerdo yo».

España en Marruecos

Política de refectorio.

VI

«España no debe intentar establecer su dominio en Marruecos! Esta afirmación del señor Calderón, que podemos asegurar ha sido la norma de conducta de muchos ministros de Estado, antes y después de 1860, obligaba á todo gobierno patriótico á mantener el statu quo territorial que proclamara Cánovas en la Convención de Madrid; á proteger y estimular nuestra expansión comercial; á coadyuvar á la con-

quista espiritual de esa raza y á oponernos resueltamente al avance solapado de Francia. ¿Qué se ha realizado en este sentido? La conferencia de Algeciras y las actuales negociaciones preconizan los resultados de esa política quietista.

Al contrario, Francia, que conquistara Argelia, no obstante el veto de Inglaterra, respondió indignada á la voz que un día se dejara escuchar en la tribuna de la Cámara de Diputados, opuesta á la conservación de Argel. Hombres eminentes, insignes estadistas, como Tayllerand, sostenían que la Argelia era un juguete arrojado á la vanidad francesa; y el pueblo, que había visto marchar á sus hijos, soldados los unos, colonos los otros, protestó energicamente y dijo que no; *avant toujours*. Del ruso es decirlo, pero, tristeza es de los buenos españoles y de los buenos portugueses, decía Canalejas en el Congreso militar de 1892 que la Europa entera nos va alejando cada día más del continente donde debiera ejercerse, en premio á sus iniciativas reveladoras, el imperio indiscutible de nuestra raza.

Causa pena el considerar que los franceses, que un día se unieron á los moros para combatirnos y cuyo dominio en la tierra africana solo engendra odios y rencores, avance en sus conquistas y convierta el norte de África en un poderoso imperio colonial, de menoscabo de esta pobre España, de nuestra amada patria, que ha regado esas mismas tierras con la sangre generosa de héroicos soldados y de santos misioneros.

Contra esta política quietista se alzaron, en 1860 y 1884, las voces elocuentísimas de Rivero, Castelar y Costa, ilustres reaccionarios, que no temieron las iras truculentas de los *Gassetes* de la época. «Creo, decía Rivero, que desde el momento en que una gran potencia mediterránea ha ocupado á Argel y hechado allí las bases de una gran dominación en África, no hay más arbitrio que ó consentir que el Mediterráneo sea un lago francés, ó compartir nosotros con la Francia la dominación de África. No hay seguridad para España sin tener sus fronteras en África. Las llaves de nuestra independencia no están solamente en los Pirineos; lo están también del otro lado del Estrecho».

Estas sensatas palabras vienen á destruir la donosa afirmación de Collantes: no podemos temer una invasión de los árabes. Es cierto, no podemos

temer una nueva invasión de la morisma, pero de haber consentido que Francia dominase en Marruecos, que la *tanífigue*, Ceuta y Melilla, nuestras posesiones en el Mogret; perderán su escaso comercio; nuestras regiones olivíferas y nuestra exportación de frutas pasarán por una crisis de muerte, y en lo internacional, en el caso de un conflicto armado, se encontrará España bloqueada, crucificada entre Inglaterra y Francia. Además, ¿no estaremos en guerra constante con las kábilas fronterizas, azuzadas y ayudadas por la mano oculta de una potencia interesada en expulsarnos de Ceuta y Melilla? ¿Cuántos disgustos proporcionó al general Segura la autorización del Roghi á Delbreil y Nougaret, aventureros franceses, para que se establecieran en Cabo del Agua y en la Mar Chica?

De no preocuparnos de Marruecos, decía el gran cronista Alarcón, llegaríamos al estado de raquitismo que nos puso en manos de Francia á la muerte de Carlos V y Felipe II.

«A nuestros pies se halla el África, exclamaba Castelar, Dios la ha acercado al continente español, á la civilización española para que llueva sobre ella su vida. Cuando nos olvidamos de este grande y providencial destino, los mismos aullidos, los mismos insultos de los bárbaros nos lo recuerdan. España tiene que consumir parte de su vida en esta obra de civilización, ó resignarse á que los pueblos de Europa olviden su nombre».

Peró, dirán los *hidráulicos* y los políticos á sueldo de los colonistas franceses y las necesidades de la Metrópoli, su reconstrucción interna y sus comarcas sedientas y sin cultivo, ¿la emigración? Si no hubiera emigración en España, decía Costa—tan admirado por los que hoy se constituyen en detractores de la política de conquista en África—deberíamos provocarla, por que, fundando colonias, se contribuye indirectamente al fomento de la población en la península. El emigrante no se pierde para la Patria. Los emigrantes que Inglaterra envió á Australia, han hecho más por la prosperidad de su patria, que si se hubiera quedado en la nebulosa Albión. Fundado en este ejemplo, basado en el numerario que los emigrantes españoles remiten anualmente á los parientes establecidos en España; apoyado en estadísticas comerciales y en los estudios de Thiers y Dussand, afirmaba el solitario de Orais: «uno de los caminos más se-

guros para colonizar el interior de la Península, es principiar colonizando el litoral de África».

Y actuando de vidente profetiza estas verdades inconcusas: «Yo tengo para mí que la línea estratégica de ciudades y fortalezas que poseemos al otro lado del Estrecho, desde Ceuta á las Chafarinas, nos es tan necesaria, hoy, por hoy, y forma parte tan integrante de nuestro territorio, como la línea estratégica de fortalezas que se extiende por la cuenca del Ebro, desde Monjuich hasta Pamplona. Pues bien, para conservar en nuestro poder aquel cordón de posesiones, es indispensable que no se establezcan detrás Francia ni Inglaterra: la transformación de Marruecos en colonia francesa ó en colonia británica, llevaría consigo, como consecuencia necesaria, la expulsión de España de aquella costa, lo mismo que de la costa occidental; seguirían á eso la pérdida de las Baleares y de las Canarias; y así estrecharía España entre dos Inglaterras ó entre dos Francias, en bloqueo permanente sus costas mediterráneas, no tardaríamos en ver atacada su independencia en el corazón mismo de la metrópoli».

¿Suños? ¿Quimeras de un patriota? Eso crearán los políticos histéricos, los republicanos hispano-francos-colonistas, los del riego interior, los del tanto por ciento de comisión, los herveistas españoles, pero los sensatos, los amantes de su patria, pensarán que puede llegar un día en que la profecía de Costa, que la historia y el sentido común sancionan de consuno, sea una triste realidad. ¿Culpables? Los que, aguiloneados por intereses privados y por pasiones inconscientes, han puesto toda su actividad al servicio de lo que llamaba el gran polígrafo política española, esto es, política bochornosa y degradante, política exclusivamente doméstica y de refectorio.

La expulsión de los moriscos fué un acto de demencia y una grave lesión para nuestra agricultura; la *tanífigue* de Marruecos por Francia, pese á toda la política hidráulica y á los políticos de riego y pantano, es una herida de muerte, más importante, más trascendental, que la lesión producida por el decreto del duque de Lerma.

R. Rodríguez Delgado.

Contra el juego

Madrid 4-9 m.

Según afirman los ministeriales, el Gobierno mantendrá con energía la prohibición del juego, hasta presentar el proyecto que prepara sobre la reglamentación.

Dicho proyecto, se presentará sin espíritu cerrado, deseando que en su confección colaboren todos los partidos.

¡Tutti contenti!

Al dar el reioj las doce,
cuando estornudaba Espin,
surgieron, para mi goce,
los cuatro ediles de *Plini*!
Habló el alcalde interino,
con voz quejumbrosa y que-
¡En este mundo cochino, (da...
la fortuna como rueda!
«Toman posesión del cargo
esos jóvenes señores».
¡Salieron de su letargo
cuatro regeneradores!
¡El cañón ronco retumba,
alegre salta la tierra!
La multitud loca zumba;
del gozo, pare una perra.
El Palacio de cristal,
luce rojas colgaduras.
Y hasta un águila caudal
desciende de las alturas?
¡Ual repican las campanas!
Cual brincan los betuneros!
Las mujeres barbianas,
¡cual miran á los barberos!
Todo es júbilo, algazara
y expansión la gran Toledo.
Ya funciona la alquitara,
invención de D. Tancredo.
Ya no hay *dadas* interinas,
ni *caranchos*, ni caciques
Solo hay lenguas viperinas,
ovaciones y repiques.
La moral no se constipa,
ni es esclava del capricho
¡á llenar pronto la tripa
ediles del *entredicho*!
De las urnas salió Julio
por sorpresa... convenida.
¡Va á eclipsar á Marco Tulio!
¡Qué hermanico tan suicida!
En el mar alborotado
de la política al uso,
solo tres han naufragado
según el Señor dispuso.
¡Qué entusiasmo, qué alborozo!
arde en fiestas la ciudad,

quien no teníamos referencias de ningún género.

Los dos desaparecieron desde luego, y los habíamos buscado inútilmente, cuando hacia mediados de noviembre vine á saber que Poullain recibía de Angulema numerosas cartas que se le dirigían á la lista de Correos del despacho de la calle de Etienne-Dolet, á las iniciales P. O. B. Organizamos una ratonera para cazarle, y dos agentes quedaron de vigilancia permanente en la oficina de Correos, el 16 y 17 de noviembre.

El día último día, los dos inspectores encargados de este servicio, eran un agente joven llamado F., que solo hacía unas cuantas semanas había entrado en la policía, y un bravo mozo llamado Colson, un abnegado servidor de la Seguridad, en la que llevaba ya cuatro años; un trabajador infatigable que tenía la pasión de su oficio.

Por la tarde, á eso de las tres, Colson y su compañero vieron entrar á un individuo que se aproximó al ventanillo donde se entregan las cartas dirigidas á la lista de Correos.

—¿Tiene usted—preguntó al empleado;—cartas á estas iniciales?—Y le pasó un pedazo de papel en el que estaba escrito con lápiz P. O. B.

Por una señal que hizo el empleado, Colson

Fuimos á verlo el prefecto y yo, y todavía veo sobre la almohada aquella cara pálida, tocada ya por el dedo de la muerte, que se esforzaba en sonreír.

Le llevamos su nombramiento de subbrigadier y una medalla de oro de primera clase.

Colson, completamente feliz, á pesar de sus sufrimientos, apenas tuvo fuerzas para murmurar:

—¡Yo no he hecho más que cumplir con mi deber, nada más que mi deber!

Era en verdad una víctima del deber, y seguramente una de las más heroicas. El agente que sin armas se arroja sobre un malhechor que con toda seguridad está armado, el agente que intrépidamente, solo por cumplir la orden que ha recibido, se juega la vida, es el más oscuro, pero es el más abnegado servidor de la sociedad que bien frecuentemente muestra hacia él injusto.

Sin embargo, no lo fué para la memoria de Colson: se le hicieron hermosas honras fúnebres, y el Consejo municipal votó una pensión de mil francos anuales para su mujer y sus hijos.

Apenas una hora antes de expirar, el juez de instrucción volvió á interrogarle, y le exhortó á que afirmara solemnemente, en el momento su-

ta la muerte en persecución del agresor, que había llevado aún en la mano el arma con la que había herido al pobre Colson.

Fué aquella una carrera loca.

El hombre huía á todo correr, y el agente vió que al pasar por delante de la iglesia arrojaba el cuchillo á través de la verja.

Por último, dos guardias de la paz cortaron el paso al fugitivo, le sujetaron y maniándole fuertemente, le condujeron al puesto de policía más próximo.

El desgraciado Colson, sostenido por dos transeúntes, y conteniendo con su pañuelo la sangre que se escapaba á borbotones de su pecho, llegó al puesto al mismo tiempo que su asesino.

—¡Oh, es él, no cabe duda!—exclamó en el momento que el oficial de la paz interrogaba al miserable.

Y como el hombre balbucease unas cuantas palabras intentando una negativa, Colson, haciendo esfuerzo supremo, pudo decir aún:

—Acababa de cogerle por el brazo... El se desahucó bruscamente, diciendo: «¿Qué es lo que quiere?» Y me sepultó el cuchillo en el pecho.

El pobre Colson fué transportado al hospital inmediatamente, y murió al siguiente día de haber sido herido.